

PRIMERA PARTE

I. ¿QUÉ ES IES?

1. INTRODUCIENDO IES

En la primera parte del xx, el CI (cociente de inteligencia) se convirtió en la gran novedad. La inteligencia intelectual o racional es lo que usamos para resolver problemas lógicos o estratégicos. Los psicólogos crearon tests para medirla y esas pruebas fueron el medio para clasificar a la gente en distintos niveles de inteligencia, algo conocido como cociente de inteligencia o CI que supuestamente podía medir la capacidad intelectual. Según la teoría, cuanto más alto el cociente, más inteligencia.

En los años noventa, Daniel Goleman¹ popularizó la investigación de numerosos neurocientíficos y psicólogos demostrando que la inteligencia emocional, o IE, tiene la misma importancia. La IE nos hace conscientes de los sentimientos propios y de los demás. Nos produce empatía, compasión, motivación y la capacidad de responder apropiadamente al dolor o al placer. Si se dañan las zonas cerebrales con que *sentimos*, *pensamos* con menor eficacia.

Ahora, a principios de un nuevo milenio, una gran cantidad de información científica reciente pero aún no digerida nos muestra que hay una tercera «I». La imagen global de la inteligencia humana se puede completar con un análisis de nuestra inteligencia espiritual, o IES. Por IES me refiero a la inteligencia con que afrontamos y resolvemos problemas de significados y valores, la inteligencia con que podemos poner nuestros actos y nuestras vidas en un contexto más amplio, más rico y significativo, la inteligencia con que podemos determinar que un curso de acción o un camino vital es más valioso que otro. IES es la base necesaria para el eficaz funcionamiento tanto del CI como de la IE. Es nuestra inteligencia primordial.

En su libro *Múltiples inteligencias*, Howard Gardner argumenta

que al menos hay siete tipos de inteligencia, incluyendo el musical, el espacial y el deportivo, así como el racional y el emocional. Pero en este libro argumentaré que todas nuestras inteligencias posiblemente infinitas pueden vincularse con uno de tres sistemas básicos del cerebro y que todas las inteligencias que describe Gardner son en realidad variaciones de las básicas CI, EI e IES y sus asociadas disposiciones neurales.

El diccionario Webster define el espíritu como «el principio animado y vital; lo que da vida al organismo físico en contraste con sus elementos materiales; el soplo de la vida». Los seres humanos somos esencialmente espirituales porque sentimos la necesidad de preguntarnos cuestiones «fundamentales» o «sustanciales». ¿Por qué nací? ¿Cuál es el significado de mi vida? ¿Por qué debo seguir adelante cuando me siento cansado o deprimido o frustrado? ¿Qué hace que todo esto valga la pena? Nos empuja y ciertamente define un deseo específicamente humano de hallar sentido y valor a lo que hacemos y experimentamos. Deseamos ver nuestras vidas en un contexto más amplio y significativo, se trate de una familia, la comunidad, un club de fútbol, el trabajo de nuestra vida, nuestro marco religioso o el mismo universo. Deseamos algo a que podamos aspirar, algo que nos lleve más allá de nosotros mismos y del presente, algo que nos proporcione valor a nosotros mismos y a lo que hacemos. Algunos antropólogos y neurobiólogos entienden que este deseo de significado y el valor evolutivo que confiere es lo que hizo bajar a los hombres de los árboles hace dos millones de años. La necesidad de que las cosas tuvieran sentido, dicen, dio paso a la imaginación simbólica, a la evolución del lenguaje y al extraordinario crecimiento del cerebro humano.²

Ni el CI ni la IE, por separado o en combinación, son suficientes para explicar toda la complejidad de la inteligencia del hombre ni la tremenda riqueza del alma y la imaginación humanas. Los ordenadores tienen un CI elevado. Saben cuáles son las reglas y las obedecen" sin cometer errores. A menudo los animales tienen sólidas IE. Tienen un sentido de la situación en que están y saben cómo responder apropiadamente. Pero ni los ordenadores ni los animales preguntan *por qué* tenemos esas reglas o esta situación o si se pueden mejorar. Funcionan dentro de *limitaciones* y su juego es finito. La IES permite que los seres humanos sean creativos, cambien las reglas o alteren las situaciones. Nos permite jugar *con* las limitaciones y vivir un «juego infinito».³ La IES nos da capacidad para discriminar. Nos transmite

nuestro sentido moral, una capacidad para atemperar reglas rígidas con comprensión y compasión y una capacidad similar para ver cuándo la compasión y la comprensión han llegado a su límite. Usamos la IES para afrontar cuestiones sobre el bien y el mal e imaginarnos posibilidades no realizadas; para soñar, anhelar, levantarnos del lodo.

La IES difiere principalmente de la IE en este poder de transformación. Tal como la define Daniel Goleman, mi inteligencia emocional me permite precisar en qué situación me hallo y entonces comportarme adecuadamente. Esto representa trabajar *dentro* de los límites de la situación permitiendo que ella me guíe. Pero mi inteligencia espiritual me permite preguntar si en primer lugar quiero estar en esa situación determinada. ¿La cambiaría creando 'una mejor'? Se trata de funcionar *con* los límites de mi situación permitiendo que yo mismo *la* guíe.

Por último y tal como veremos cuando consideremos la base neurológica de la IES, debido a que opera fuera del centro cerebral —y desde las funciones neurológicas unificadoras del cerebro—, integra *todas* nuestras inteligencias. La IES nos convierte en las criaturas plenamente intelectuales, emocionales y espirituales que somos.

Idealmente, nuestras tres inteligencias básicas funcionan juntas y se complementan. Nuestros cerebros están diseñados de modo que pueden hacerlo. Pero cada una de ellas —CI, IE e IES— tiene su propia área de acción y puede funcionar por separado. Es decir, necesariamente no somos óptimos en las tres de forma simultánea. Podemos tener una CI o una IE elevada, pero una baja IES. Se puede tener un CI alto, pero una IE o IES bajas.

TRES PROCESOS PSICOLÓGICOS

Toda la psicología occidental se basa en dos procesos. La IES introduce un tercero y por tanto exige una expansión de la psicología como ciencia y una mayor comprensión del ser humano.

Al principio, Freud definió los dos procesos psicológicos como primario y secundario. **El primario se asocia con el id**; es decir, con los instintos, el cuerpo, las emociones y el subconsciente. **El secundario se asocia con el ego**, la conciencia y la razón. Para Freud, el secundario era más elevado y superior: «Donde estaba el Id, estará el Ego.» Después de Freud, algunos otros a veces señalaron la mayor impor-

tancia del proceso primario. Pero toda la psicología posterior, incluyendo la ciencia cognitiva, ha mantenido esta estructura dual. El proceso **primario podría denominarse IE** (basado en la «red neural asociativa» del cerebro); **el segundo, CI** (basado en la «red serial» del cerebro).

Basada en estos dos procesos, la psicología occidental coloca efectivamente un agujero en medio del ser. Los procesos primario y secundario compiten entre sí por el control y la expresión. Ni la razón ni las emociones pueden apelar a nada más allá de ellas mismas. No poseen una fuente común con la que se puedan integrar y transformar. Carecen de dimensión transpersonal. El «ser» jungiano, o la «función trascendente de Jung» fue un intento de superar este abismo, pero la neurología no había avanzado lo suficiente en su tiempo (Jung falleció en 1961) para brindarle una sólida base científica a su avanzada psicología.

La IES (basada en el tercer sistema neural del cerebro, las **neutras oscilaciones sincrónicas** que unifican la información por todo el cerebro) nos ofrece por primera vez un posible proceso terciario. Este proceso unifica, integra y posee el potencial de transformar el material que surge de los otros dos procesos. Facilita un apoyo para el crecimiento y la transformación. Brinda al ser un centro activo y unificador que da sentido a las cosas.

EL LOTO DEL SER

El descubrimiento de que la IES abre en la psicología un proceso terciario exige el desarrollo de un nuevo modelo psicológico del ser humano y su personalidad. Los modelos anteriores tenían dos «capas»; **la exterior, la personalidad consciente y racional, y la interior, en gran parte asociaciones subconscientes, motivaciones,** neurosis y elementos similares. El proceso terciario introduce una tercera capa o núcleo central.

En este libro, el ser se presenta como un **loto de seis pétalos**. La capa exterior de cada pétalo representa al ego distribuido entre los seis tipos o funciones posibles de personalidad que reconocen numerosos psicólogos. Me basaré en tres fuentes ampliamente investigadas: el trabajo de J. E. Holland sobre guía de vocaciones y seis tipos de personalidad, los seis tipos de Jung tal como los usa Myers-Briggs (introversión, extraversión, pensamiento, sentimiento, sensación e intuición), y en el trabajo de Cattell sobre motivación.

Cada lector encontrará los principales aspectos de su personalidad consciente distribuidos entre los pétalos del loto. Más profundamente, cada pétalo tiene su capa de proceso primario, su subconsciente y en parte sus asociaciones corporales, etc. En lo más profundo de esta capa inconsciente reside el inconsciente colectivo con sus arquetipos, tal como los describió Jung. En el centro del loto está la capa terciaria, el centro del ser del que sacamos la energía y el potencial para transformarnos. Los seis pétalos del loto y su centro también corresponden a los siete chacras del yoga Kundalini del hinduismo y a muchas otras estructuras místicas y mitológicas pertenecientes al budismo, la Grecia antigua, el pensamiento de los cabalistas judíos y los sacramentos cristianos.

Usando este modelo de loto con sus seis tipos de pétalos/personalidad, veremos seis maneras de estar espiritualmente atrofiado y seis maneras de ser espiritualmente inteligente. Esto proporciona al lector un mapa donde descubrir su propia personalidad, sus propias fortalezas y debilidades y su propio camino hacia el crecimiento y la transformación.

LA IES NO SE REFIERE A SER RELIGIOSO

La mayor preocupación de la gente actual es el sentido de las cosas. Muchos escritores afirman que la necesidad de encontrar sentido es la crisis central de nuestro tiempo. Tengo esa sensación cuando cada mes viajo al extranjero a dar conferencias ante un público de diversos países y culturas. Dondequiera que voy, cuando la gente se reúne a tomar una copa o compartir una comida, el tema elegido es Dios, el significado de las cosas, los valores, los anhelos espirituales. Hay muchos que hoy han alcanzado un nivel sin precedentes de bienestar material, pero sienten que quieren más. Muchos hablan de un vacío «aquí» señalándose el estómago. Ese «más» que les llenaría el vacío rara vez tiene que ver con la religión. Ciertamente, la mayoría de la gente que busca una realización espiritual no ve que sus anhelos guarden relación alguna con la religión.

^a IES no tiene necesariamente conexión con la religión. Para algunos, la IES puede hallar un modo de expresión a través de la religión organizada, pero ser religioso no garantiza un alto coeficiente de IES. Muchos humanistas y ateos lo tienen y muy alto; otra gente raramente religiosa lo tiene muy bajo. Unos estudios de hace rin

cuenta años del psicólogo Gordon Allport demostraban que la gente tiene más experiencias religiosas *fuera de las instituciones* religiosas que dentro de ellas.

La religión convencional es un conjunto externamente impuesto de reglas y creencias. Es jerárquica y proviene de sacerdotes, profetas y textos sagrados; se absorbe a través de la familia y la tradición. La IES, tal como la describe este libro, es una capacidad *interna* e innata del cerebro y la psiquis humanas que extrae sus recursos más profundos del meollo del mismo universo. Es una prestación desarrollada a lo largo de millones de años que permite al cerebro encontrar y usar significados en la solución de los problemas. Tenemos que usar nuestra IES innata para forjar nuevos rumbos, para encontrar alguna sana expresión de significado, algo que nos *emocione* y nos guíe desde nuestro interior.

La inteligencia espiritual es el alma de la inteligencia. Es la inteligencia que cura y nos hace completos. Muchos vivimos vidas fragmentadas y heridas. Anhelamos lo que el poeta T. S. Eliot llamó «una unión plena, una comunión más profunda»,⁴ pero no hallamos medios para ello dentro de nuestro ser dominado por el ego o prisionero de los símbolos o instituciones existentes en nuestra cultura. La IES es la inteligencia que descansa en esa parte profunda del ser que está conectada **con la sabiduría más allá del ego o de la mente consciente**. Es la inteligencia con que no sólo reconocemos los valores existentes, sino que creativamente descubrimos nuevos valores. La IES no depende de la cultura ni de los valores. No sucede a partir de valores existentes, sino que más bien *crea* la posibilidad de tener valores. A lo largo de la historia humana, toda cultura conocida ha tenido algún acervo de valores aunque estos difieran de cultura en cultura. Por tanto, la IES **es anterior a todos los valores específicos y a cualquier cultura. Asimismo, es anterior a cualquier forma de expresión religiosa**. Hace posible (y quizá necesaria) la religión, pero no depende de ella.

.....

Rumi, el poeta místico sufi del siglo xiii puede haber estado pensando en esta relación entre IES, valores y religión cuando pronunció las siguientes palabras:

Yo no soy cristiano, no soy judío, no soy zoroástrico,
ni siquiera soy musulmán.

No pertenezco a la tierra ni a ningún océano conocido o desconocido.
Ni la naturaleza ni el Cielo pueden poseerme ni conminarme.

Tampoco pueden hacerlo la India, China, Bulgaria.
 Mi lugar de nacimiento es la tierra de nadie.
 Mi señal es no dar señal.
 Veis mi boca, orejas, nariz: no son mías.
 Yo soy la vida de la vida..
 Soy ese gato, aquella-piedra, nadie.
 He arrojado lejos la dualidad como un trapo viejo.
 Veo y conozco todas las épocas y todos los mundos
 como uno, uno, siempre uno.
 Por tanto, ¿qué he de hacer para que admitáis quién está hablando?
 ¡Admitidlo y cambiadlo todo!
 Esa es vuestra propia voz que retumba en los muros de Dios.⁵

Lo que aquí denomino IES o inteligencia espiritual es esa voz que retumba en los muros del Dios de Rumi. A medida que avancemos en este libro, se verá claramente esa identificación.

LA PRUEBA CIENTÍFICA DE LA IES

La IES es una capacidad tan vieja como la humanidad, pero su concepto se desarrolla en detalle por primera vez en este libro. Hasta la fecha, la ciencia y la psicología científica no han logrado analizar el significado y su papel en nuestras vidas. A los científicos no les resulta nada fácil aceptarla porque la ciencia actual no está equipada para estudiar fenómenos que no se pueden medir objetivamente.

Sin embargo, han aparecido gran cantidad de pruebas de la existencia de la IES en recientes estudios neurológicos, psicológicos y antropológicos sobre el pensamiento humano y los procesos lingüísticos. Los científicos ya han completado gran parte de la investigación básica poniendo al descubierto las fundaciones neurales de la IES en el cerebro, pero el paradigma dominante del CI ha eclipsado un estudio más a fondo de esa información. Este libro presenta cuatro corrientes específicas de investigación que hasta ahora no se han difundido lo suficiente debido a la naturaleza altamente especializada de la ciencia actual.

a) A inicios de los años noventa, el neuropsicólogo Michael Persinger, y más recientemente, en 1997, el neurólogo Y S. Ramachandran y su equipo de la Universidad de California, llevaron a cabo **investigaciones sobre la existencia del punto divino en el cerebro** hu-

mano. Este centro espiritual incorporado está localizado entre las conexiones neurales de los lóbulos temporales del cerebro. En los escáneres tomados con topografía de emisión de positrones, estas zonas neurales se iluminan siempre que los sujetos estudiados deben hablar sobre temas espirituales o religiosos. Estos varían con las culturas: los occidentales reaccionan ante la mención de «Dios»; los budistas y otros lo hacen ante símbolos significativos para ellos. Hace años que esas actividades en el lóbulo temporal habían sido asociadas a las visiones místicas de los epilépticos o de la gente que toma LSD. El trabajo de **Ramachandran** es el primero en demostrar que también ocurren en gente normal. El *punto divino* no prueba la existencia de Dios, sino que el cerebro ha evolucionado para hacer preguntas trascendentales y usar una sensibilidad para significados y valores más profundos.

b) El trabajo del neurólogo austríaco **Wolf Singer** en los años noventa sobre el «problema de fijación» prueba que existe un proceso neural en el cerebro dedicado a unificar y dar significado a nuestra experiencia, un proceso neural que literalmente «fija» nuestra experiencia. Antes del trabajo de Singer sobre las **oscilaciones neurales unificadoras** y sincrónicas a lo largo y ancho del cerebro, los neurólogos y los científicos cognitivos sólo reconocían dos formas de organización cerebral neural. Una de estas formas, la de conexiones neurales en serie, es la base de nuestro CI. Los tractos neurales conectados serialmente permiten que el cerebro acate normas, piense lógica y racionalmente, paso a paso. En la segunda forma de red de organización neural, grupos de cientos de miles de neuronas están conectados al azar con otros grupos múltiples. Estas redes son la base de nuestra IE, nuestra inteligencia impulsada por emociones, reconocedora de pautas y creadora de hábitos. Existen tanto los ordenadores seriales como paralelos y tienen capacidades diferentes, pero ninguno de los dos pueden operar con significados. Ningún ordenador existente puede preguntar «¿Por qué?». El trabajo de Singer sobre las oscilaciones neurales unificadoras ofrece la primera pista de un tercer tipo de pensamiento, el pensamiento unitario, y su correspondiente modelo de inteligencia, la IES, que puede tratar esas cuestiones.

c) Como resultado del trabajo de Singer, la investigación de mediados de los años noventa de **Rodolfo Llinas** sobre la **conciencia dormida y despierta y la conexión de eventos cognitivos en el cerebro** ha sido muy reforzada por la nueva tecnología MEG (magnetoencefalográfica) que permite estudios en todo el cráneo de los campos eléctricos de oscilación y sus asociados campos magnéticos.

d) **Terrance Deacon**, neurólogo y antropólogo biológico de la Universidad de Harvard, ha publicado recientemente una obra sobre los orígenes del lenguaje humano (*The Symbolic Species*, 1997). Deacon demuestra que "el lenguaje es una actividad excepcionalmente humana, esencialmente simbólica y centrada en el significado que evolucionó a la par del rápido desarrollo de los lóbulos frontales del cerebro.

Ningún ordenador existente ni los simios más inteligentes pueden usar lenguaje porque carecen del lóbulo frontal para lidiar con significados. Este libro demostrará que todo el programa de investigación de Deacon sobre la evolución de la imaginación simbólica y su correspondiente papel en el cerebro y en la evolución social sostiene y apunta la inteligencia que llamamos IES.

USANDO LA IES

En términos evolutivos, el trabajo neurobiológico de Deacon sobre el lenguaje y la representación simbólica demuestra que hemos utilizado literalmente la IES para hacer crecer nuestros cerebros. La IES nos ha «conectado» para convertirnos en la gente que somos y nos ha brindado el potencial de otras «conexiones» para el crecimiento y la transformación y para una mayor evolución de nuestro potencial humano.

La usamos para ser creativos. Recurrimos a ella cuando necesitamos ser flexibles, visionarios o creativamente espontáneos.

La utilizamos para lidiar con problemas existenciales, problemas con que nos sentimos atascados, atrapados por nuestros propios hábitos del pasado o por neurosis o problemas de enfermedad y desdicha. La IES nos hace conscientes de que tenemos problemas existenciales y nos permite resolverlos o al menos encontrar una cierta paz pese a ellos. Nos da un sentido «profundo» sobre la lucha por la vida.

La IES es nuestro compás «al límite». Los problemas existenciales más duros existen fuera de lo conocido y cotidiano, fuera de las normas, más allá de la pasada experiencia, más allá de lo que sabemos controlar. En la teoría del caos, el «límite» es la frontera entre caos y orden, entre saber tranquilamente lo que somos y estar absolutamente perdidos. Es el sitio en que podemos ser más creativos. La IES, nuestro sentido profundo e intuitivo de significado y valor, es nuestra guía en el límite. Es nuestra consciencia. (En hebreo, las palabras para

«consciencia», «compás», y «verdad oculta y profunda del alma», tienen la misma raíz.)

Podemos usar la IES para volvernos espiritualmente inteligentes sobre la religión. Nos lleva al meollo de las cosas, a la unidad allende las diferencias, al potencial inefable más allá de cualquier expresión concreta. Nos puede poner en contacto con el significado y el espíritu esencial más allá de todas las grandes religiones. Una persona de alta IES puede practicar cualquier religión, pero sin estrechez mental, fanatismo ni prejuicios. Del mismo modo, una persona de alta IES puede tener grandes cualidades espirituales sin ser religioso.

La IES nos permite integrar lo intrapersonal con lo interpersonal, superar el abismo entre el ser y el otro. Daniel Goleman escribió sobre emociones intrapersonales, o dentro del ser, y emociones interpersonales, las que compartimos con los demás o usamos para relacionarnos con ellos. Pero la mera IE no puede ayudarnos a superar el abismo. Es menester la IES para comprender quiénes somos y lo que significan las cosas para nosotros, y cómo estas dan a los demás y a sus significados un sitio en nuestro propio mundo.

Usamos la IES para avanzar con mayor plenitud hacia la persona desarrollada que tenemos el potencial de llegar a ser. Cada uno forma su propio carácter por medio de una combinación de experiencia y visión, una tensión entre lo que realmente hacemos y las cosas mejores y más importantes que podríamos llegar a hacer. Al nivel de puro ego, estamos centrados en el yo, somos egoístas, materialmente ambiciosos y demás. Pero también tenemos visiones transpersonales de bondad, belleza, perfección, generosidad, sacrificio. La IES nos ayuda a traspasar nuestro ego inmediato y alcanzar esas capas más profundas de potencialidad que se esconden en nosotros. Nos ayuda a vivir la vida a un nivel más profundo de significado.

Y finalmente, podemos usar la IES para afrontar los problemas del mal y el bien, de la vida y la muerte, los orígenes más profundos del sufrimiento y desesperación humanos. Demasiado a menudo tratamos de ignorar esos problemas racionalizándolos para no empantanarnos emocionalmente o ser destruidos por ellos. A fin de lograr una plena posesión de nuestra inteligencia espiritual debemos haber visto en algún momento la faz del infierno, haber conocido en carne propia la posibilidad de la desesperación, el dolor, el sufrimiento profundo y la pérdida, y haber logrado la paz con todo ello. «Cuando estás en paz con la pérdida —dice el *Tao Te Ching*, el antiguo texto chino—, se la vive voluntariamente.» Tenemos que haber deseado con

desesperación y en las entrañas de nuestro ser un sentido que nos acaricie, una intimidad de algo fresco, algo puro, algo lleno de vida. En ese anhelo tenemos la esperanza de encontrar aquello que deseamos y de poder compartir los frutos de ese descubrimiento creativo con los demás. Un místico del siglo xx, el rabino Abraham Heschel dijo: «Estamos más cerca de Dios cuando preguntamos que cuando pensamos que tenemos la respuesta.»⁶ En la misma vena, Blaise Pascal, el filósofo y místico francés, escribió en nombre de Dios: «No me buscarías si ya me hubieses encontrado.»

TEST DE IES

Las características para una alta IES incluyen:

- capacidad de ser flexible (activa y espontáneamente adaptable)
- poseer un alto nivel de conciencia de sí mismo
- capacidad de afrontar y usar el sufrimiento
- capacidad de afrontar y trascender el dolor
- la cualidad de ser inspirado por visiones y valores
- reluctancia a causar daños innecesarios
- tendencia a ver las relaciones entre las cosas (ser «holístico»)
- marcada tendencia a preguntar «¿Por qué?» o «¿Y si?» y a pretender respuestas fundamentales
- ser lo que los psicólogos denominan «independiente de campo», es decir, poseer una facilidad para estar contra las convenciones.

Es posible que una persona de alta IES llegue a ser un líder eficaz; alguien responsable de brindar una mejor visión y valores a los demás y enseñarles cómo usarlos; en otras palabras, una persona que inspira a los demás. Este libro planteará preguntas a través de las cuales los lectores podrán medir su propia IES. Asimismo, hablaremos con gente famosa de alta y baja IES.

MEJORANDO LA IES

En la sociedad moderna, la IES es baja. Vivimos en una cultura espiritualmente pobre caracterizada por el materialismo; la eficacia, la estrechez de miras y carencia de significado y compromiso. Pero

como individuos podemos actuar para mejorar nuestra IES. Ciertamente un mayor progreso de la sociedad depende de que lo hagan suficientes individuos. En general, podemos mejorar nuestra IES aumentando el uso del proceso terciario, o sea, **nuestra tendencia a preguntar por qué, a buscar conexiones entre las cosas o a poner de manifiesto las creencias que hemos creado sobre el sentido que tienen las cosas en sí mismas o más allá de ellas, a ser más reflexivos, a ir más allá de nosotros mismos, a asumir responsabilidades, a ser más conscientes de nosotros mismos, a ser más honestos con nosotros mismos y a ser más valientes.**

El libro acaba con un capítulo sobre cómo ser espiritualmente inteligente en una cultura espiritualmente pobre. La cultura occidental, dondequiera que se halle en este planeta, rebosa de lo inmediato. Lo superficial, la egoísta manipulación de las cosas, la experiencia y los demás. Usamos mal nuestras relaciones y nuestro entorno así como el sentido humano más profundo. Sufrimos una terrible pobreza de imaginación simbólica. Ignoramos las cualidades humanas y nos concentramos en actividades frenéticas, en «ganar y gastar». Menospreciamos fatalmente lo sublime y lo sagrado dentro de nosotros mismos, de los demás y de nuestro mundo. Como dice el dramaturgo americano John Guare en *Seis grados de separación*:

Una de las grandes tragedias de nuestro tiempo es la muerte de la imaginación. Porque ¿qué otra cosa es la parálisis?

Creo que la imaginación es el pasaporte que creamos para que nos transporte al mundo real. Es otra forma de lo que realmente somos.

Enfrentamos a nosotros mismos. Eso es lo difícil. La imaginación es el regalo que Dios nos ha dado para que soportemos el acto de examinarnos a nosotros mismos. Nos enseña cuáles son nuestros límites y cómo crecer superándolos... La imaginación es el sitio al que todos anhelamos llegar.⁷

Por medio de un uso instruido de nuestra inteligencia espiritual, y mediante la honestidad personal y el coraje que requiere esa instrucción, podemos volver a conectarnos con las fuentes y los significados profundos y usar esa reconexión para causas y procesos mucho más importantes que nosotros mismos. En ese servicio podemos hallar la salvación. Nuestra mayor salvación puede depender de servir a nuestra propia imaginación más profunda.

2. LA CRISIS DEL SENTIDO

La búsqueda de sentido es la primera motivación de la vida de un hombre y no una «racionalización secundaria» de impulsos instintivos. Este sentido es único y específico ya que debe y puede ser hallado por cada hombre a solas; sólo entonces adquiere una importancia que satisfará su propia *voluntad* de significado.

VIKTOR FRANKL, *Man's Search for Meaning*

Una de las visiones más profundas y novedosas de la ciencia del siglo xx es que los conjuntos pueden ser mayores que la suma de sus partes. El conjunto contiene una riqueza, una perspectiva y una magnitud de las que carecen las partes.

En este caso, la ciencia nos ayuda a comprender lo espiritual. Tal como se usa en el libro este concepto, experimentar «lo espiritual» significa estar en contacto con algún conjunto más grande, profundo y rico que sitúa nuestra presente situación limitada en una nueva perspectiva. Es poseer un sentido de «algo más allá», de «algo más» que confiere sentido y valor añadidos en lo que ahora somos. Ese «algo más» espiritual puede ser una realidad social profunda o una red social de significados. Puede ser conciencia o hallazgo de dimensiones mitológicas, arquetípicas o religiosas de nuestra situación. Puede ser un sentido más profundo de la verdad o la belleza. Y puede ser abrirse y adaptarse a una sensación profunda y cósmica del todo, una sensación de que nuestras acciones forman parte de un mayor proceso universal.

Sea cual fuere nuestro uso específico de lo espiritual, sin él nuestra visión queda nublada, nuestras vidas parecen pobres y nuestros objetivos penosamente finitos. Tal como escribió el poeta William Blake, «Si las puertas de la percepción están limpias, todo se nos aparecerá (al como es: infinito)».

Como dice Viktor Frankl, la búsqueda de sentido es la motivación fundamental de nuestras vidas. Esta busca nos convierte en las criaturas espirituales que somos. Y cuando esta profunda necesidad de sentido no se satisface, la vida se vuelve superficial o vacía. En muchos de nosotros, hoy esta necesidad no está satisfecha y por ende la crisis fundamental de nuestro tiempo es espiritual.

Hace muy poco recibí un e-mail de un ejecutivo sueco pidiéndome encontrarse conmigo en mi próxima visita a Estocolmo. Decía que debía tomar una importante decisión en su vida y que esperaba poder comentarla conmigo. Cuando nos encontramos, lo noté nervioso y tenso como queriendo ir al grano.

Anders, tal como lo llamaré, me dijo que estaba en la treintena. «Dirijo una importante y próspera empresa aquí en Suecia. Gozo de buena salud, tengo una familia maravillosa y una buena posición en la comunidad. Supongo que tengo "poder". Pero aun así no estoy seguro de qué estoy haciendo con mi vida. No estoy seguro de estar en el buen camino haciendo el trabajo que hago.» Siguió diciendo que le preocupaba el estado del mundo, en especial el medio ambiente global y la ruptura de las comunidades, y prosiguió diciendo que sentía que la gente evitaba la escala real de los problemas que afrontaba. Las grandes empresas como la suya, opinaba, eran especialmente culpables de no afrontar esos problemas. «Quiero hacer algo al respecto —continuó—, quiero por así decirlo usar mi vida para servir, pero no sé cómo. Sólo sé que quiero formar parte de la solución, no del problema.»

Anders describió su desasosiego como un «problema espiritual» y dijo que atravesaba una «crisis espiritual». Es algo típico que les sucede a los jóvenes sensibles de hoy día. Cuando al día siguiente les conté esta historia a un grupo de ejecutivos a quienes daba una conferencia, cuatro de ellos se me acercaron después y me preguntaron: «¿Cómo conocía mi historia?» Horas después, un grupo de estudiantes de instituto suecos que me entrevistaron me hicieron la misma pregunta sobre su propio futuro. «Queremos servir. Queremos cambiar el mundo. No queremos repetir la mierda que su generación nos ha echado encima. ¿Qué podemos hacer? ¿Nos integramos en el sistema o seguimos fuera?» Esto no tenía nada que ver con creencias o religiones. Estos jóvenes se describen a sí mismos como depositarios de un problema espiritual porque se preguntan cómo conseguir una vida que tenga sentido. Quieren vivir dentro de un contexto más amplio de significado y valores. Tienen lo que Viktor Frankl denomina

una *voluntad* de sentido; sin embargo, se sienten frustrados en el mundo de hoy.

La búsqueda de sentido es evidente en muchos aspectos de nuestras vidas. ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Qué sentido tiene mi trabajo? ¿O esta empresa que he creado o para la que trabajo? ¿O esta relación? ¿Por qué estudio para esta oposición? ¿Qué significa para mí? ¿Qué significa que un día moriré? ¿Por qué comprometerme con esto o aquello, con una persona u otra o con cualquier cosa? **Dos de las mayores causas de muerte en el mundo occidental, suicidio y alcoholismo, están a menudo relacionadas con esta crisis de significado.**

La gente de otros tiempos no se hacía estas preguntas. Sus vidas estaban inmersas en un marco estable. Tenían tradiciones vivas. Dioses vivos, comunidades vivas, códigos morales que funcionaban, problemas con límites conocidos y objetivos claros, pero en tiempos modernos **hemos perdido lo que algunos filósofos llaman una vida que «se da por sentada».** Hemos quedado con problemas existenciales o espirituales y **la necesidad de desarrollar una inteligencia que pueda afrontarlos.** Una mera inteligencia racional no es suficiente. Las razones que busca la gente para vivir sus vidas no son racionales ni tampoco puramente emocionales. Para la gente no es suficiente encontrar la felicidad dentro del marco existente. Quieren cuestionar ese marco y el valor de sus vidas actuales y encontrar nuevos valores, ese escurridizo «algo más».

¿Qué es este «algo más»? ¿Por qué necesitamos la inteligencia espiritual para encontrarlo? ¿Por qué decimos que encontrar sentido es el asunto fundamental de nuestro tiempo? ¿Han cambiado los tiempos o han aumentado las necesidades de la gente? ¿Ha entrado acaso la misma inteligencia en una nueva fase de la evolución? Estos son algunos de los interrogantes que debemos considerar urgentemente.

En mi propia vida, el sentido de las cosas siempre ha sido un asunto sangrante porque nunca percibí un sentido heredado y obvio. Mis padres se separaron antes de que yo cumpliera los tres años y se divorciaron cuando tenía cinco. Nunca conocí a mi padre ni a su familia de inmigrantes polacos de clase obrera. Pasé la infancia con mis abuelos cuyas vidas tenían sus raíces en una vieja cultura rural y una religión tradicional, pero para mi madre y sus contemporáneos estas eran formas absurdas que sólo servían para «impresionar a los vecinos». **Mi madre me enseñaba normas que ella no cumplía y principios en los que no creía.** Crecí en el Estados Unidos que acababa de pasar el macarthismo y se encaminaba a Vietnam. Los líderes nació-

nales que hablaban de ideales y valores y que fueron mis héroes resultaron asesinados: John Kennedy, Martin Luther King y Bobby Kennedy.

La nuestra era una familia acomodada de clase media, pero mi padrastro pasaba de un trabajo a otro y de un lío extramatrimonial a otro mientras, muy inteligente, tomaba pastillas «para no tener que pensar». Luego se suicidó para no pensar definitivamente. En la última etapa de mi infancia tuve muy pocos parientes próximos, la mayoría se mudaba de ciudad o de estado y los vecinos eran también bastante fugaces. Asistí a seis escuelas diferentes. Primero busqué mis raíces en la religión de los abuelos, luego en otras, pero esta búsqueda de muchos años nunca me ha dejado satisfecha con ninguna religión determinada. Al igual que Anders, he buscado el sentido de las cosas toda mi vida adulta, una forma de vivir o una visión con la que vivir que fuera más allá de mis límites.

Mi historia no es atípica. Nuestra época moderna está definida por cosas como rupturas de familia, comunidades o religiones, la ausencia de héroes y las multitudes de jóvenes que luchan por que sus vidas tengan sentido. Vivimos una época en que no hay objetivos claros, reglas ni valores claros, ningún modo claro de crecer ni una visión clara de responsabilidad.

Carecemos de un amplio contexto donde situar nuestras vidas, un flujo natural de significado del que podamos formar parte. De muchas maneras, este desierto espiritual es el producto de nuestra elevada inteligencia racional. Por medio de la razón nos hemos alejado de la naturaleza, de nuestros semejantes y de la religión. En nuestro gran salto tecnológico hacia adelante, hemos dejado atrás la cultura tradicional y los valores que implicaba. Nuestro CI ha reducido las horas de trabajo, aumentado la riqueza y la longevidad e inventado incontables baratijas, algunas de las cuales hoy amenazan con destruir nuestro entorno y a nosotros mismos. Pero no hemos encontrado el modo de que todo esto valiera la pena.

' La cultura moderna es espiritualmente pobre no sólo en Occidente, sino cada vez más en esos países asiáticos influenciados por Occidente. Con «espiritualmente pobre» quiero decir que hemos perdido el sentido de los valores fundamentales, aquellos enraizados a la tierra y sus estaciones, al día y a las horas que pasan, a los instrumentos y rituales cotidianos de nuestras vidas, al cuerpo y sus cambios, al trabajo y sus frutos, a las etapas de la vida y a la muerte como fin natural. Vemos, usamos y experimentamos sólo lo inmediato, visi-

ble y pragmático. Estamos ciegos ante los niveles más profundos de símbolos y significados que nos colocarían, junto con nuestros objetos y actividades, en un superior marco existencial. **No somos ciegos al color, sino al sentido. ¿Cómo hemos llegado a esto?**

EL CENTRO PERDIDO

Mientras escribía este libro, mi familia y yo hemos pasado un mes de Navidad cada año en Nepal. Este mágico tiempo pasado en una cultura premoderna hindú o budista es tan rico en colores, sonidos, aromas y significados que ha influenciado muchas de las ideas que se expresan a lo largo de este libro. Por jóvenes y románticos, nuestros hijos adolescentes se han dispuesto a cambiar toda su riqueza y comodidad occidentales por la pobreza del Nepal. «¡No volvamos nunca a casa!», nos rogaban al final de cada visita. Mis reacciones y las de mi marido han sido más complejas.

La sociedad nepalí se aferra a cosas que no existen en casa: fuertes lazos comunitarios y familias numerosas, vivas tradiciones espirituales compartidas por todos, la espontaneidad y el apremio de la vida cotidiana, la riqueza simbólica de la vestimenta, los alimentos, la vida y la muerte, las pautas repetitivas de la vida diaria, el cuidado y las reverencias que emplean en el diseño de objetos corrientes como platos y carros, las simples y repetitivas pautas de cada día, las cosechas y los festivales estacionales. Pero nosotros sabemos que estas cosas no son propias de nuestra cultura. Nepal es profundamente espiritual (pleno de sentido trascendental) porque su vida cotidiana está imbuida de una rica cultura espiritual. Muy diferente de nuestra actual cultura occidental.

Las pocas culturas tradicionales como la nepalí que aún sobreviven pertenecen a una etapa anterior de la consciencia humana. Las denomino «culturas asociativas» porque sus hábitos y valores están marcados por un estilo de pensamiento «asociativo» que está ligado al hábito y la tradición y que vive del reconocimiento y la repetición de pautas conocidas (volveremos al tema en el capítulo 3). También las llamo culturas del «centro saludable» porque sus fuerzas y debilidades son las de la capa media del ser, la capa que Freud llamaba el «proceso primario», o Ken Wilber «prepersonal», y que yo coloco en la capa media del Loto del Ser, junto con las imágenes mitológicas y los arquetipos del subconsciente de Jung.

En la imagen del loto usada a lo largo de todo este libro, el yo tiene una **periferia (racional)**, un **centro asociativo (emocional)** y un **centro unitivo (espiritual)**. Un yo equilibrado y espiritualmente inteligente necesita algo de cada capa, pero en las sociedades tradicionales, tanto las de Occidente que precedieron a Descartes y el principio de la Ilustración en el siglo xvii y aquellas del llamado Tercer Mundo actual como Nepal, el centro estimulante, vigorizante y significativo, el nivel espiritual unificador de la existencia, reside en la capa del medio. Las tradiciones de la comunidad encapsulan valores y visiones espirituales profundas de modo que el individuo se relaciona con el centro espiritual mediante su cultura y sus propias tradiciones. **No tiene que conectarse directamente con el centro en solitario, como individuo.**

Por ejemplo, muy pocos de los artesanos que construyeron las grandes catedrales francesas del Medioevo conocían a rajatabla los principios de la arquitectura sagrada, pero los interiorizaron mientras aprendían el oficio. Pocos campesinos medievales tenían que considerar el significado de sus vidas o de su trabajo porque estos estaban inmersos en las necesidades y tradiciones de la vida cotidiana. Un joven de una tribu tradicional de Nigeria, al definirme **sus valores personales me dijo que eran «las cosas que heredé de mis padres; yo construyo sobre esa base, pero el meollo no cambia»**. Toda la vida en esas sociedades tradicionales era o es menos consciente de sí misma que en nuestra sociedad actual. Así como cuando conducimos un coche o andamos en bicicleta no sopesamos conscientemente cada movimiento que hacemos, del mismo modo en las sociedades con una rica capa media la gente confía en los valores espirituales, en las redes de significados y en los hábitos sociales que son patrimonio de toda la comunidad.

La sociedad compartida simplemente no existe para la mayoría de la gente urbana de nuestro mundo. Estamos muy necesitados de esa capa media asociativa e integral de nuestro yo. Contamos con **pocas tradiciones colectivas** que superen el nivel prosaico de la vida cotidiana y que nos conecten con el origen y significado más profundos de nuestras comunidades y de nuestras vidas en ellas. Tenemos pocos «dioses» y «diosas», héroes colectivos cuyas vidas ejemplifiquen algún nivel más hondo de posibilidad o aspiración humana y que nos toque con un sentido de gracia. El duelo global que se produjo tras la muerte de Diana, la princesa de Gales, puso de manifiesto la medida y la profundidad de nuestra necesidad por figuras semejantes. La

suya fue una vida que ejemplificó una espontaneidad, una calidez, una cualidad amorosa y una vulnerabilidad que ansiamos contactar por medio de algún icono o símbolo colectivo.

En ausencia o carestía de este sano centro asociativo, sólo nos queda encontrar o crear nuestro propio sentido de las cosas o simplemente sentir su pérdida. A menudo hemos intentado reemplazar esta ausencia dando una importancia exagerada a nuestros propios egos individuales, a nuestras ambiciones y supuestas necesidades. Hemos buscado en la capa del ego recursos que allí no existen. Privados del centro profundo y significativo, estamos atrapados en la periferia fragmentada de la vida, aislados en los pétalos exteriores del Loto. Como resultado, con frecuencia buscamos sentido en actividades distorsionadas o periféricas como el materialismo, el sexo promiscuo, la rebelión insensata, la violencia, el abuso de drogas o el ocultismo de la New Age.

EL PAPEL DE LA CIENCIA

En Occidente, la cultura tradicional y todas las razones y valores que la acompañaban empezaron a derrumbarse como resultado de la revolución científica del siglo xvii y el auge consiguiente del individualismo y el racionalismo. El pensamiento de Isaac Newton dio pie no sólo a la tecnología que llevó a la Revolución Industrial, sino también a una seria erosión de las creencias religiosas y del marco filosófico que habían caracterizado a la sociedad. La nueva tecnología trajo consigo muchas bendiciones, pero también desplazó a la gente del campo a las grandes ciudades, fracturó comunidades y familias, relegó tradiciones y oficios e hizo que la confianza en los hábitos y en la repetición fuera prácticamente imposible. Los significados y valores asociativos fueron arrancados del suelo en el que habían crecido. La consecuente revolución filosófica desarraigó el alma humana.

Los principios centrales de la filosofía de Newton pueden verse en las palabras «atomismo», «determinismo» y «objetividad». Aunque suenen abstractos y remotos, los conceptos que estas palabras representan nos han impactado en medio de nuestro ser.

El **atomismo** es la visión de que en última instancia el mundo consiste en fragmentos, en partículas aisladas en el espacio y el tiempo. Los átomos son cosas duras e impenetrables con límites fijos e inalterables: no pueden penetrarse, sino relacionarse por medio de

acción y reacción. Se empujan entre sí o buscan medios de evitarse. John Locke, el fundador de la democracia liberal en el siglo xviii, utilizó átomos para su modelo de individuos, las unidades básicas de la **sociedad**. El conjunto social, afirmó, era una ilusión; primaban los derechos y necesidades de cada individuo. El atomismo también es la piedra fundacional de la visión **psicológica** de Freud y su «teoría de relaciones de los objetos».

Según dicha teoría, cada uno de nosotros está aislado dentro de los confines impenetrables del ego. Tú eres un objeto para mí así como yo lo soy para ti. Jamás podremos conocernos de un modo fundamental. El amor y la intimidad son imposibles. «El mandamiento de amar al prójimo como a ti mismo —señaló Freud— es el mandamiento más imposible jamás escrito.» Todos los valores, creía él, eran una mera proyección del superego, las expectativas de los padres y de la sociedad. Tales valores representaban una carga demasiado pesada para el ego y nos enfermaban con lo que él llamó «neurosis». En su opinión, una persona enteramente moderna debía liberarse de una expectación tan irracional y seguir principios como cada hombre por sí mismo o la supervivencia de los mejores.

El **determinismo** de Newton enseñaba que el mundo físico está gobernado por leyes de acero: las tres leyes del movimiento y la ley de la gravedad. **Todo en el mundo físico es predecible** y por tanto a la postre controlable. B siempre seguirá a A en las mismas circunstancias. No puede haber sorpresas. Freud también hizo uso de este determinismo en su nueva «psicología científica» afirmando que el ego desvalido es empujado desde abajo por las fuerzas oscuras del instinto y la agresión del id y presionado desde arriba por las imposibles expectativas del superego. Nuestras experiencias y **nuestro comportamiento de toda la vida están determinados** por completo por estas fuerzas conflictivas y las experiencias de nuestros primeros cinco años de vida. Somos víctimas de nuestras experiencias, espectadores desafortunados de un guión escrito por otros. La sociología y el moderno sistema legal han reforzado esta idea.

Aunque la mayoría de la gente sepa muy poco del determinismo de Newton o del id y el superego de Freud, cunde por todas partes la sensación de que estamos aislados, que somos víctimas pasivas de fuerzas mucho mayores que nosotros mismos y que no podemos cambiar nuestras vidas y mucho menos el mundo. Nos preocupa, pero no sabemos cómo asumir la responsabilidad. Un joven de unos veinte años me dijo: «Me he sentido abrumado por la confusa frag-

mentación del mundo y, al no ser capaz de verle sentido o de hacer algo al respecto, he caído en la apatía y la depresión.»

La **objetividad** de Newton, u «objetivismo», como prefiero denominarlo, ha reforzado esta sensación de aislamiento e impotencia. Al fundar el nuevo método científico, Newton dibujó una clara línea divisoria entre el observador (el científico) y lo que observa. El mundo queda dividido entre sujetos y objetos: el sujeto está «allí dentro»; el objeto, «allí fuera». El científico newtoniano es un observador distante que simplemente mira el mundo, lo mide y pesa y hace experimentos con él. Manipula y controla la naturaleza. La persona media moderna se siente *en* el mundo, no *del* mundo. En este contexto, «el mundo» incluye a otra gente, incluso íntimos, así como a instituciones, objetos, naturaleza y entorno. La partición newtoniana entre observador y observado nos ha dejado la sensación de que simplemente estamos aquí para hacer lo mejor que podamos por nosotros mismos. Una vez, nos deja sin saber cómo asumir responsabilidades o de quién o de qué podemos ser responsables. No somos dueños de nuestras relaciones ni sabemos cómo poseer nuestra propia eficacia.

El universo reflejado por la ciencia newtoniana es frío, muerto y mecánico. No hay lugar en la ciencia de Newton para la mente o la conciencia ni para ningún aspecto del esfuerzo humano. Paradójicamente, las ciencias biológicas y sociales creadas en los siglos xix y xx se basaron en este mecanismo y así explican a los seres humanos, sus mentes y cuerpos, con este mismo **paradigma mecánico**. Somos máquinas cerebrales o genéticas; nuestros cuerpos son una colección de piezas; nuestro comportamiento, condicionado y predecible; nuestras almas, una ilusión del arcaico lenguaje religioso; nuestro pensamiento, la mera actividad de las células cerebrales. Desde esta perspectiva, ¿dónde encontraremos el sentido de la experiencia humana?

«ENFERMEDADES DE SIGNIFICADO»

Una de las maneras más comunes con que la gente corriente busca dar sentido y plenitud a sus vidas es mediante una obsesión con la **salud**. En inglés, las dos palabras tienen la misma raíz germánica: estar sano equivale a estar pleno. Y así nos apuntamos a toda novedad saludable, dieta vitamínica o régimen de adelgazar que podamos incorporar en nuestras vidas carentes de tiempo libre. Sin embargo, **la corriente central de la medicina moderna es muy newtoniana**. Ve el

cuerpo como un mecanismo, como una máquina de genes bien aceiteada; la enfermedad es algo que debe ser erradicado o «curado»; **la vejez y la muerte son «fallos» o «enemigos» del sistema.**

Sin embargo, algunos médicos y profesionales sanitarios empiezan a considerar la enfermedad de forma diferente. La ven como una llamada de socorro del cuerpo para que se preste atención a algo en nuestras vidas que si no se atiende nos producirá un daño irreparable o duradero físico o emocional, o una aflicción espiritual incluso mortal. Puede ser que los causantes del problema sean nuestras actitudes o estilos de vida y no algún desequilibrio químico. En palabras de los médicos, pacientes, científicos y políticos que asistieron en junio de 1999 a una reunión internacional en Gran Bretaña para debatir estas ideas, gran parte del sufrimiento, incluso de condiciones físicas crónicas, consiste en «enfermedades de significado».¹ **El cáncer, las enfermedades coronarias, el Alzheimer y otras demencias que pueden estar precedidas por la depresión, la fatiga, el alcoholismo o el abuso de drogas son prueba fehaciente de la crisis de falta de sentido que ha llegado a las mismísimas células de nuestro cuerpo.** En último término, también la muerte es vivida con dolor y terror porque no tenemos un contexto que tenga sentido donde colocar el fin natural de esta vida, y así no hay modo de morir con paz, gracia o bendición.

Los conferenciantes argumentaron que **el sistema médico y científico aumenta la proliferación de enfermedades de significado al ignorar los orígenes complejos de esos males.** En cambio, se atan a «la medicalización de la enfermedad (encontrar el gen "correcto", diseñar la droga "correcta" para bloquear o eliminar la anomalía mientras hacen caso omiso de que Muchas patologías no no son básicamente físicas, sino más bien espirituales o psicofísicas». En su poema «Curar», D. H. Lawrence escribió:²

No soy un mecanismo, una suma de varias secciones
 y no se debe a que el mecanismo no funcione bien
 el hecho de que estoy enfermo.
 estoy enfermo debido a heridas en el alma, en el profundo ego emocional,
 y las heridas del alma tardan en curar mucho, muchísimo tiempo,
 sólo el tiempo puede ayudar
 y la paciencia y un cierto arrepentimiento difícil y prolongado,
 un difícil arrepentimiento, el darse cuenta del error de la vida,
 y liberarse

de la interminable repetición de este error
que la mayoría de la humanidad ha optado por santificar.

AMENAZAS DE EXTINCIÓN

La tecnología del siglo xx ha introducido otra crisis de sentido. Antes, los seres humanos sufrieron catástrofes y cataclismos naturales, pero como especie creían que la vida humana, o la vida en general, seguiría durante millones de años. El drama personal de cada generación formaba parte de un proceso mayor y del flujo del tiempo. Pero desde 1940, hemos vivido la posibilidad de la extinción en masa como consecuencia de una guerra nuclear y, más recientemente, la amenaza añadida del desastre ecológico.

En este libro argumentaremos que, a fin de que el sentido *tenga* sentido, debe poseer un marco o límites. Cuando se violan nuestros límites, nos indignamos y pasamos a la acción. Pero cuando los límites dejan de existir, sentimos horror: nuestra experiencia pierde sentido y simplemente no podemos afrontarla. La maquinaria nazi de matar violó todos los límites del mal y consiguió que la gente estuviese dispuesta a ser perversa con el prójimo. Como resultado, nunca hemos sido realmente capaces de comprender la magnitud del Holocausto o de aceptarlo. Queda fuera del contexto de las expectativas o los valores humanos. Lo mismo sucede con la posibilidad muy real de que toda vida deje de existir en un futuro previsible.

La mayoría de nosotros no pensamos mucho en estas cuestiones porque no lo soportamos, pero la amenaza de extinción global afecta nuestro modo de pensar y de comportarnos devolviéndonos a preocupaciones más inmediatas: «Vive hoy, acaso no haya un mañana.» Buscamos el placer y la satisfacción personales como si fuese la última oportunidad, y así explotamos despiadadamente a nuestros semejantes y al planeta para asegurarnos las comodidades de hoy, la ganancia de hoy. Todo nuestro marco temporal se encoge, y lo mismo le pasa al contexto de los significados y los valores con que vivimos.

LA POBREZA DEL HUMANISMO OCCIDENTAL

Otra razón de que nos echásemos en busca del placer y la satisfacción inmediatos es que hemos perdido la capacidad de imaginar algo más. En los últimos doscientos o trescientos años, hemos limitado nuestros horizontes a lo meramente humano y caído cada vez más en el egocentrismo que nos separa de un significado más profundo y de una perspectiva más amplia. Los grandes pensadores ilustrados del siglo xviii afirmaban que el hombre era la medida de todas las cosas. En sí misma, esta idea no es ajena a la noción bíblica de que Dios creó todas las cosas para nuestro beneficio. El egocentrismo humano es una característica fundamental de la tradición occidental, pero el pensamiento de la Ilustración nos metió en un humanismo más estrecho porque su propio concepto de lo humano era más limitado.

Partiendo de la filosofía de Aristóteles, los pensadores ilustrados definen al hombre como un animal racional. Las raíces de lo verdaderamente humano están en la razón (en términos modernos, en nuestro CI) y en los productos de la razón: la ciencia, la tecnología, la lógica, lo pragmático. Los filósofos sociales y políticos siguieron esa corriente subrayando la importancia de los *derechos* del hombre por encima de servicios o deberes. El humanismo occidental, alienado de la naturaleza por la gran divulgación de las ideas de Newton y de habitar las grandes ciudades, alienado de la magia y el misterio por medio del pensamiento científico reduccionista, animado por Freud y sus seguidores a ver el ego y su insignificante soberbia como el verdadero ser, se ha convertido en una mezcla de prepotencia y desesperación. Somos los mejores, estamos en la copa del árbol de la evolución. Pero ¿y qué más da?

En Oriente, el humanismo es la base de la verdadera espiritualidad. Los budistas e hindúes critican las religiones occidentales por ser insuficientemente humanistas, por poner a Dios por encima del hombre. Cuando intento argumentar que el humanismo está en la raíz de nuestro problema, los asiáticos sacuden las cabezas sin creerme. La base de este malentendido es que el suyo es un humanismo superior, un «egoísmo» superior basado en mucho más que poder y racionalidad. En un sentido tradicional oriental, un humanista tiene un sentido profundo de la interconexión entre la vida y todo lo que es, un profundo sentido de compromiso y responsabilidad con todo el mundo y todas las cosas. Es consciente de que todo empeño huma-

no, ya sea en el comercio, las artes o la religión, forma parte del grandioso tejido del universo. Y los humanistas asiáticos no son arrogantes. Su visión del ser verdadero y su origen en el terreno más profundo del ser les llena de una sensación de **humildad y gratitud**. Son conscientes constantemente de la fuente de donde emergen el ser, el sentido de todo y los valores. En el lenguaje de este libro, yo diría que el humanismo occidental heredado de la Ilustración es espiritualmente idiota y que el asiático es espiritualmente inteligente.

EL CONCEPTO DEL LÍDER SERVIDOR

Pese a nuestras riquezas materiales y a los conocimientos tecnológicos, nuestras vidas carecen de algo fundamental. Para algunos puede tratarse de la capacidad de convertir un trabajo en una vocación, pero este sentido de vocación no existe en la actual estructura de valores de la comunidad empresarial. La mayoría de nosotros no la encontramos ni siquiera en la estructura de valores de *cualquier* profesión ni en el ancho mundo profesional. De modo que nos tenemos que inventar o descubrir algo que hoy día está *más allá* de lo que nos proporciona nuestra cultura porque en ella no existe. Tenemos que asumir la responsabilidad para darle sentido a las cosas, para crear nuevos accesos a ese sentido y usarlo de modo inteligente. Por lo general, tenemos que hacerlo transformando nuestra situación o haciendo el mejor uso de ella.

En los negocios y en la mayoría de las actividades humanas, el concepto de *líder servidor* aúna servicio y significado. La primera noción de esto apareció publicada por el americano Robert Greenleaf en los años ochenta. Los pensadores norteamericanos lo describen como un líder con conocimiento de los valores profundos a los que sirve conscientemente desde su puesto de mando. Pero en el mundo americano de los negocios, los valores profundos están relacionados con asuntos como excelencia, satisfacer el potencial propio y permitir hacerlo a los demás, éxito, calidad de productos y servicios y afán de crecimiento imparable. En contraste, acorde con el espíritu del humanismo oriental, los valores tradicionales de Oriente se centran en asuntos como compasión, humildad, gratitud, servicio a la propia familia y al hecho de ser uno mismo.

En un sentido oriental, y en el sentido que uso esta palabra, un líder servidor sirve a la fuente esencial del sentido y los valores. Se pone

en sintonía con las fuerzas vitales básicas del universo y, al servir las, naturalmente sirve a sus colegas, su empresa, la sociedad en general. Las grandes figuras del siglo xx que son o fueron líderes servidores en este sentido incluyen al Mahatma Ghandi, la madre Teresa y Nelson Mándela. Todos ellos han sido grandes líderes espirituales así como servidores de sus sociedades. Todos ellos «elevaron el nivel» del juego del sentido, la moral y el servicio. El Dalai Lama es otro ejemplo de un liderazgo semejante, y por esa razón inspira no sólo a los tibetanos y los budistas sino también a amplios sectores de la humanidad.

ENTONANDO NUESTRA CANCIÓN

Hace unos años yo participaba en una reunión de la UNESCO en Tbilisi, la capital de la conflictiva república de Georgia que formó parte de la Unión Soviética. La reunión tenía lugar en un moderno hotel de estilo occidental que contrastaba marcadamente con la destrucción, el hambre y la desesperación que reinaban en las calles.

Una noche nos llevaron a un teatro. Los georgianos querían mostrarnos su rica cultura, los restos de un pasado soberbio y pujante.

Había manchas y grietas en el techo. Las paredes estaban llenas de agujeros donde el yeso había saltado por las bombas y los morteros. El único indicio de las obras de arte que otrora habían decorado esas paredes eran borrosas manchas en la pintura agrietada. La luz eléctrica era pobre porque los generadores averiados sólo podían dar un poco de luz. No había aire acondicionado y la temperatura era bochornosa.

Cuando apareció la orquesta, los músicos con las camisas blancas desplanchadas y los trajes desaliñados, la música sonó claudicante y sin espíritu. No podían elevar su actuación por encima de la depresión general de la ciudad. El público se aburría y unos cuantos, yo incluida, nos dormimos. La tortura de estar allí sentados nos pareció interminable. Luego, de repente, se produjo un cambio de ambiente. En medio del escenario apareció un cantante elegantemente vestido de gala; era Zurab Sotikilaba, un georgiano famoso y actualmente tenor de la famosa Ópera Bolshoi de Moscú. Actuaba de artista invitado en su ciudad natal para honrar a los huéspedes de la UNESCO. Aspiró hondo y se lanzó a un torrente de melodiosos sonidos, empezando con arias de Verdi y terminando con canciones tradicionales de Georgia.

A medida que cantaba, el teatro recobró los ánimos. La voz parecía no salirle de la garganta, sino de alguna parte del pasado remoto de Georgia. Ciertamente de algún lado del subconsciente colectivo vinculándolo con el sufrimiento y la tragedia del presente georgiano. Fue un cauce que insufló energía y esperanza a la orquesta y el público. En suma, su voz estaba llena de vida. Era el alma en acción cumpliendo con su papel de transmisor de los significados profundos para colocar el presente en un contexto más amplio y más rico: una poderosa inyección de inteligencia espiritual.

La actuación del tenor georgiano simbolizó para mí lo que todos debemos hacer para elevar el nivel del sentido y el valor. Cada uno debe cantar su canción. Por medio de nuestros recursos más profundos y nuestra inteligencia espiritual, todos debemos acceder al nivel más profundo de nuestro ser verdadero y sacar de esa fuente la «música» única que cada ser humano puede aportar.

Utilizar la IES no será nada fácil. Hemos olvidado muchas capacidades que dan sentido a las cosas. Nuestra cultura es espiritualmente pobre en el sentido literal: no tenemos un lenguaje adecuado para expresar la riqueza del alma humana. Palabras como «amor», «alegría», «compasión» o «gracia» aluden a mucho más de lo que podemos expresar. Usar nuestra IES significa transformar nuestra conciencia, descubrir capas más profundas de nosotros mismos. Nos obliga a encontrar una base en nuestro propio ego desde la cual recuperar un sentido que nos trasciende. No será tarea fácil para la gente acostumbrada a seguir paso a paso, mecánicamente, recetas de perfeccionamiento.

LA HORA DE LOS INTERROGANTES

Espero haber sentado las bases de lo que es la inteligencia espiritual y por qué hoy la necesitamos más que nunca. Vivimos una época científica y si queremos tomarnos en serio la IES debemos preguntarnos cuál es su presencia en nosotros y cómo funciona en el cerebro humano. ¿Qué hay en nuestro cerebro que nos brinda una inteligencia centrada en el sentido? ¿Qué papel ha tenido en la evolución humana? ¿Y cómo y por qué nuestros cerebros tienen la capacidad de funcionar fuera de sus límites y superarlos? ¿Cómo volvemos a contextualizar y enmarcar nuestras experiencias? ¿Qué hay en la naturaleza del cerebro que pueda dar a nuestras mentes acceso a la inteli-

gencia o conciencia desde más allá del cerebro individual y sus estructuras neurales? ¿Qué puede significar, en términos neurológicos y físicos, que nuestro ser centrado en el ego pueda acceder a un nivel más profundo de conocimiento? ¿Por qué, en suma, estamos biológicamente equipados por nuestros cerebros para ser criaturas espirituales? En los capítulos 3, 4 y 5 me ocuparé de estas cuestiones ofreciendo todo lo que la investigación científica ha puesto a nuestra disposición.